

vuestra fidelidad y á vuestro valor á mi querido hermano ; que nada le suceda en el país de Brunequilda. » El fuerte guerrero lo juró en manos de Crimilda.

El noble guerrero contestó de este modo : « Si conservo mi vida, descuidad, noble señora, que volverá sano y salvo al Rhin, creed que esto es lo cierto. » La hermosa virgen le dió las gracias.

Trajeron sobre el campo los dorados escudos y lo demás del equipo ; aproximaron los caballos ; tenían grandes deseos de marchar. Muchas hermosas mujeres derramaron abundantes lágrimas.

Asomadas á las ventanas se veían muchas hermosas jóvenes. La vela de la barca se hinchó con el fuerte viento. Los bravos compañeros de armas fueron impulsados por las hondas del Rhin ; así dijo el rey Gunter : « ¿ Quién quiere ser el piloto ? »

« Yo lo seré », dijo Sigfrido, « yo puedo conducirlos sobre las hondas hasta allá abajo, buenos guerreros. Me son conocidos los rectos caminos por el agua. » Así abandonaron contentos el país de Borgoña.

Sigfrido se apoyó en un duro remo y la barca se alejó de la orilla. El fuerte Gunter tomó otro remo y se alejaron de la tierra los bravos caballeros dignos de alabanza.

Llevaban consigo suculentos manjares y el mejor vino que se había podido encontrar en el Rhin. Sus caballos tranquilos, reposaban ; el barco caminaba, ningún cuidado los podía atormentar.

Las fuertes cuerdas de la vela, quedaron amarradas sólidamente : hicieron veinte millas antes de llegar la noche, gracias al buen viento que soplabá hacia el mar ; después, los grandes trabajos fueron para las mujeres.

A la duodécima mañana, según hemos oído decir, los vientos los habían impelido á lo lejos, hacia Isenstein, en el reino de Brunequilda. Solo Sigfrido conocía aquel país.

Cuando el rey Gunter vió las fortalezas y también los vastos mercados, dijo así : « Decidme, amigo Sigfrido, ¿ conocéis esto ? ¿ De quién son esas ciudades y ese precioso país ? »

« En mi vida, y digo la verdad, vi tantas fortalezas ni

tan bien hechas como ahora veo ante mí. Fuerte debe ser el que las ha mandado construir. »

A esto respondió Sigfrido : « Conozco mucho esto : de Brunequilda son esas ciudades, esos campos y la fortaleza de Isenstein, yo lo afirmo. Hoy mismo podréis ver á muchas hermosas mujeres. »

« Yo os aconsejo, guerreros, que no afirméis y neguéis las mismas cosas, esto me parece bueno : si hoy mismo comparecemos ante Brunequilda, debemos estar prevenidos ante la joven reina. »

« Cuando veamos á la joven digna de amor, seguida de su acompañamiento, acordáos, héroes, de decir la misma cosa: que Gunter sea mi señor y yo su vasallo, todo lo que él desee se cumplirá. »

Todos estaban dispuestos á ejecutar lo que les hizo prometer ; el estímulo les hizo ser fuertes. Hablaron como quería : y les estuvo muy bien, cuando Gunter compareció ante Brunequilda.

« He venido hasta tan lejos, no por tus deseos, sino por tu hermana, la hermosa virgen. Ella es para mí, como mi alma y como mi cuerpo, y haré todo esto, por que quiero que sea mi esposa. »

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII.

DE COMO GUNTER OBTUVO Á BRUNEQUILDA.

Su barca adelantando en el mar, se había aproximado tanto á la ciudad, que pudieron ver en las ventanas muchas bellas jóvenes. Mucho sentía no conocerlas á todas.

Preguntó á su compañero Sigfrido : « ¿ Sabes qué cosa notable puede llamar la atención de esas jóvenes hacia las

ondas? Cualquiera que sea el señor de ellas, me parecen de elevado espíritu.»

Así le contestó el fuerte Sigfrido. «Es necesario mirar con disimulo á todas esas jóvenes, para que me digas después cual escogerías si estuviera en tu mano.» «Lo haré,» respondió Gunter, el noble y esforzado caballero.

«Veo en aquella ventana á una con traje blanco como la nieve, que es muy bella. Mis ojos la escogen; su cuerpo es muy hermoso. Si pudiera la había de hacer mi esposa.»

«Muy bien ha escogido la mirada de tus ojos: esa es la noble Brunequilda, la hermosa joven hacia la que tienden tu corazón y tu alma.» Todo aquello agradaba al rey Gunter el bueno.

La joven reina mandó á las jóvenes vírgenes que se retiraran de las ventanas; no debían permanecer allí contemplando á los extranjeros y estuvieron prontas á obedecer. Lo que las mujeres hicieron, nos lo han contado después.

Al aproximarse los héroes desconocidos, se pusieron de pié según la costumbre de las hermosas jóvenes. Después se asomaron á las estrechas ventanas desde las que podían ver á los guerreros: esto lo hacían por curiosidad.

Solo eran cuatro los que desembarcaban en aquel país. El fuerte Sigfrido llevaba un caballo de la brida. Esto lo veían por las ventanas las hermosas; gran honor recibió luego el rey Gunter.

Tuvo allí sujeto al caballo enjaezado, bueno y hermoso, grande y fuerte, hasta que el rey Gunter estuvo en la silla. Así lo sirvió Sigfrido, pero después lo olvidó.

Después sacó su caballo de la barca: nunca hasta entonces sirvió para tener el estribo á ningún otro guerrero. Las hermosas mujeres miraban por las ventanas.

Muy semejante era la presencia de los héroes: de color blanco como la nieve eran sus vestidos y sus caballos. Sus escudos estaban muy bien trabajados y brillaban en las manos de aquellos hombres valientes.

Las monturas iban adornadas de pedrería; los pretales eran estrechos y pendientes de ellos iban campanillas de

oro rojo y brillante. Llegados al país aquél, inspirados por su valor, se encaminaron también magníficamente vestidos hacia Brunequilda.



Avanzaban con sus bien aguzadas lanzas y con sus espadas que les llegaban hasta las espuelas: eran puntiagudas y muy largas. Brunequilda, la virgen digna de amor, miraba todo aquello.

En compañía de ellos iban Dankwart y su hermano Hagen. Hemos oído contar que estos guerreros llevaban vestidos negros como las alas del cuervo. Nuevos eran sus escudos, buenos, largos y fuertes.

De la India era la pedrería que se veía relucir suntuosamente en sus vestidos. En la orilla dejaron sin guardia la embarcación, y se encaminaron hacia la ciudad aquellos héroes nobles y buenos.

Ochenta y seis torres se elevaban allí, tres palacios y un salón construido magníficamente con mármol verde como la yerba. Allí se hallaba la joven reina y su acompañamiento.

Las puertas de la ciudad se abrieron tan anchas como eran. Los hombres de Brunequilda salieron á su encuentro y los recibieron como á huéspedes, en el país de su soberana. Sus caballos y sus escudos quedaron bajo la custodia de ellos.

Uno de los camareros habló de este modo: «Dadme vuestras espadas y vuestras bruñidas corazas.» «No podemos concederos eso», respondió Hagen de Troneja, «nosotros mismos queremos llevarlas.» Sigfrido comenzó entonces á explicarle los usos de aquella corte.

«Es costumbre en esta ciudad, debo deciroslo, que ningún huésped lleve armas: dejad que recojan las vuestras, y estará bien hecho.» No siguió gustoso este consejo Hagen, el guerrero de Gunter.

Hicieron servir á los héroes licores y otras cosas convenientes. Muchos brillantes guerreros, con trajes de príncipes, se encaminaban á la corte. Dirigían á los héroes muchas miradas de curiosidad.

Dijeron á Brunequilda, que unos guerreros extranjeros habían llegado con ricos trajes, navegando por el mar. La joven hermosa y buena comenzó á informarse.

«Hacedme escuchar», dijo la reina, «quienes pueden ser esos guerreros desconocidos de tan arrogante presencia, que veo en mi ciudad, y cuales pueden ser los motivos por que han navegado hasta aquí.»

Uno de su acompañamiento le respondió: «Señora, yo puedo afirmar que jamás he visto á ninguno de ellos; uno de los que con ellos están, me parece que es Sigfrido: mi opinión es que debemos recibirlos bien.»

«El segundo compañero suyo tiene una arrogante presencia; si tuviera valor para ello y pudiera conseguirlo, sería digno de ser rey de este extenso país. Se distingue de los demás por su aire de jefe.»

«El tercero de esos compañeros, parece que debe ser muy feroz, y sin embargo su cuerpo es hermoso, rica reina:

sus miradas son vivas y las sostiene con altivez. Se refleja en su semblante que debe ser muy violento.»

«El más joven de entre ellos, me parece muy hermoso: se vé á ese rico guerrero modesto como á una joven en su buena apariencia y en su gracia encantadora. Deberíamos temerlo todo, si le ocurriera alguna desgracia.»

«Pero por sencillo que sea en apariencia, por bello que sea su cuerpo, si se enfurece hará llorar á muchas mujeres: su aspecto es tan bueno que por todas sus cualidades se vé que es un guerrero fuerte y atrevido.»

Así habló la joven reina: «Que me traigan mi armadura: y si el fuerte Sigfrido ha venido á mi reino para conseguir mi amor, posible es que le cueste la vida: no lo temo tanto que pueda llegar á ser su esposa.»

Brunequilda la hermosa, se vistió bien pronto su traje. Muchas hermosas jóvenes formaban su acompañamiento, ciento ó más, con riquísimos vestidos. Los huéspedes deseaban ver á una mujer tan valiente.

En su compañía iban los héroes de Islandia, los guerreros de Brunequilda, llevando las espadas en las manos, en número de quinientos ó más; esto infundió cuidado á los huéspedes. Los fuertes héroes se levantaron de sus asientos.

Cuando la joven reina vió á Sigfrido, dijo á los extranjeros cortésmente: «Sed bien venidos á este país, señor Sigfrido. ¿Cuál es el objeto de vuestro viaje? Deseo conocerlo.»

«Muchas gracias, señora Brunequilda, dulce hija de príncipes, porque os dignáis saludarme ante el noble guerrero que está aquí; él es mi señor: Sigfrido renuncia el honor.»

«Es un rey del Rhin; ¿qué más queréis que os diga? Hasta aquí hemos navegado por vuestro amor. Quiere amarnos, suceda lo que suceda. Ahora reflexionad con tiempo: mi señor no abandonará por nada su propósito.»

«Su nombre es Gunter, rey rico y valeroso. Si obtiene vuestro amor, nada más desea. Por vuestra causa lo he acompañado hasta aquí; pues si no fuera mi señor, jamás hubiera venido.»